

Gustavo Labarca Garat

La religión de la danza en las islas del sur



AS expresiones de la fe primitiva rubrican todas ellas, estas palabras de Max Muller: *el sentimiento religioso es la aproximación del hombre hacia lo infinito.*

Las razas aborígenes se sienten dominadas por una estu-penda sorpresa ante los fenómenos cósmicos, los cuales se les muestran tan cercanos y bajo apariencias de tal modo prodigio-sas, que logran conmoverlas con su maravilloso prestigio.

Yo no he visto, por ejemplo, otro cielo más luminoso y ar-diente que el de Siam; constelaciones más rútilas que la de Manila; ni puestas de sol comparables a las de Bali o Singapur.

Me explico así la deificación de los astros... ¿quién no se sentiría idólatra ante tamaño esplendor?

El sol, la luna, la tierra misma, son divinidades en esos mundos lejanos donde toda ensoñación tiene un refugio y en donde la alegría de vivir estalla en cánticos, sonrisas y movi-mientos cadenciosos.

Pero tales exteriorizaciones no son un espectáculo en las Islas del Sur, pues alcanzan carácter religioso; son una plegaria que les identifica con sus mitos venerados en fervorosa comunión.

El *animismo* y el *shalinismo* primitivos, sectas religiosas de Extremo Oriente, dan forma a la mayoría de estos ritmos.

LA FIESTA DE LAS DIOSAS

Anán, Tonkin, Laos y otros puntos, conservan bellas danzas regionales en la Indochina. Pero la danza de Cambodia, denominada «la fiesta de las diosas» es la más excelsa.

Pierre Loti, en «Ruinas de Angkor», habla de la danza de «los jóvenes espíritus femeninos», como de reliquias sagradas que no deben ser destruídas jamás. La hermosa cultura Kumel que floreció hace doce o trece siglos en Angkor, consérvase intacta en esta danza de la Corte de Cambodia.

Forman parte del baile, diez muchachas de 12 a 13 años de edad, ofrecidas al palacio a los cinco años, fecha desde la cual se adiestran en el arte. Vístense de llamativos tocados y ciñen su frente con una enorme corona de oro y plata, a modo de tiara episcopal, tachonada de piedras preciosas. Se cubren los brazos de pulseras de oro y sus vestidos se bordan con hilos finísimos.

Todo su cuerpo semeja una joya.

La brisa tropical orea suavemente y esparce la fragancia de las flores de jazmín, prendidas a la corona y a los brazos.

Las danzarinas aparecen en un coliseo de bruñida piedra, se inclinan reverentes e inician el baile pleno de gracia celestial, como si estuvieran flotando sobre las aguas. Cada movimiento, cada gesto obedece a un símbolo,

Más allá de esas cadencias, tras la mirada impasible de esos ídolos petrificados, se advierte el desaparecido esplendor de una vieja cultura, perfeccionada durante siglos, sobreviviendo a impulso de una tradición misteriosa y lejana.

THAILANDIA

Siam substituyó al reino de Kumel, pero el reino de Kumel, substituyó otra vez a Siam ...

Ignórase hoy cuál sea la cultura autóctona y cual la asimilada, pues se han concretado ambas en una sola.

Sin embargo, las danzas de Thailandia se asemejan extraordinariamente a las de Cambodia en su inspiración y en su forma. Es que Cambodia y Siam recibieron otrora el influjo hindú, fuente común que distribuyera sus aguas por los pueblos del Asia.

Los bajo-relieves de Angkor y de Cambodia, representan sólo bailarinas. Pero los de Thailandia nos muestran también bailarines. El *Kon*, danza clásica de Thailandia, es masculino, en tanto que el *Bakon*, de estilo más moderno, es mixta. Esta variedad de gracia y fuerza, rinde a las danzas siamesas más animadas y atrayentes que las cambodianas.

Los danzarines actuaron durante el reinado de Lama (1911-1925); y el mismo rey compuso una danza a fin de que sus cortesanos la interpretaran.

Los monarcas de Thailandia y de Cambodia, impulsan el arte con generosidad; llaman a la misma corte a los danzârines y les brindan una vida opulenta y magnífica. Por desgracia, en 1935, una grave reducción al presupuesto nacional, afecta a los bailarines, quienes deben retornar a sus casas, sujetos a sueldos muy elevados, aunque muy distantes, claro está, de las suntuosas regalías de Palacio.

«Danza de la Yungla», es, entre lo bailes thailandeses, el más impresionante. Representa, de modo magistral, con los brazos las piernas, la abeja y los efectos de conjunto, el milenario secreto de las selvas, (la «Voie Royal» de Malraux, «Las Tierras Vírgenes» de Kipling), con sus tesoros, sus fábulas, sus peligros y su tremenda fascinación.

JAVA Y BALI

Las esculturas halladas en las ruinas de Borobusuru y Puranpanan demuestran que el origen de las danzas javanesas,

data de más de mil años y que es producto de influjos hindúes e indonesios, anteriores al advenimiento de la doctrina mahometana. Esta última se deja sentir hace 500 años y provoca una transformación en los hábitos y costumbres javanesas, amenazando con extinguir sus ritmos tradicionales.

Dos poderosos vestigios hindúes impidieron la disgregación de la vieja cultura: los castillos reales y el teatro.

Los dramas del Ramayana y del Mahabarata, representábanse en la Corte y en los palacios de los nobles. Los muros de esos palacios conservan, indelebles los signos de la tradición hindú. El pueblo javanés tuvo suficiente fe en ellos para no dejar de admirarlos y para no permitir que fueran suplantados por el oleaje mahometano. Adherida a la arquitectura y al drama, la danza javanesa se libró de morir.

Los trajes usados en las danzas de la corte son deslumbrantes; magníficos *sarongs* de *chintz* encerados y cofias de oro y plata, con pendientes embutidos de piedras preciosas. Los cuadros arabescos que componen las danzas y la orquesta imitan a los cuadros formados en la estatuaria por las divinidades superiores.

El valor de las danzas javanesas reside, sin duda, en el estado de espíritu de sus intérpretes que llega al transporte místico y al éxtasis.

No es la felicidad ni el sentido de la fuerza, ni el brillo del sol. Es una sensación semejante a la de una noche de luna. Se tiene el alma serena y tranquila, pero no vacía. Los ojos no miran ni cerca ni lejos sino a lo profundo.

Lo esencial de la danza javanesa no es el movimiento, sino la serenidad del espíritu. Al fin y al cabo ese es también el único carácter de la danza en todo el Oriente.

Al referirme a Bali, cedo la palabra a Vicki Baum, autora de «Amor y muerte en Bali» para que pronuncie su exordio: «El cielo es exactamente parecido a Bali. Exactamente. Hay allí las mismas aldeas, las mismas *puris* los mismos templos. Sólo que en el cielo todo está invertido como si se viese en el es-

pejo del río. Allí arriba hay *sava* como acá, y cuando se ven brillar de noche las estrellas, son los retoños de las plantas jóvenes que penden hacia abajo».

Yo, que tuve la suerte de conocer esa isla, una de las más bellas del mundo, puedo decir que Vicki Baum no exagera al poner esas afirmaciones en boca de Lambón, protagonista de su romance.

Tierra de mujeres incomparablemente hermosas, Bali rinde espontáneo culto a la belleza. Los balineses son artistas por obra y merced de sus dioses.

Mas, el centro de todo, su alma y su vida es la danza.

Viven entregados exclusivamente al baile, a la música y a sus festividades. «En esas danzas hay príncipes, princesas, demonios y dioses que descienden del cielo para combatirles. Y las mujeres son comparables a flores, a pájaros blancos, a estanques profundos en los cuales los peces mitológicos pasean sus escamas doradas».

La doctrina de Mahoma, nunca arraigó en Bali. Precisamente la mayoría de sus habitantes la forman los fugitivos que desde Java escaparon a la presión mahometana.

Sus danzas conservan así, su original pureza y el refinamiento de un ejercicio constante. La antigua danza *regon*, la moderna *jangeru*, la *kedja* o *baron*, reflejan la vivacidad y el exótico primor de esa isla encantadora.

Más que un pasatiempo y más que un arte, la danza en Bali es una religión, el más bello y armonioso de todos los cultos. Es su forma de adorar a Dios y de servirle.

Para eso viven y por eso mueren los habitantes de Bali.